

Todos somos un poco sociólogos

Arnoldo Kraus

En *El oficio de sociólogo*, Pierre Bourdieu escribe: “Cuando se quiere huir del mundo tal y como es, uno puede ser músico, filósofo, matemático, pero ¿cómo huir de él siendo sociólogo?”.

La idea de Bourdieu es cierta, pero no completamente cierta. Omitió, dentro del listado de profesionistas a los médicos, y dentro de éstos, a los psicoanalistas. Médicos, psicoanalistas y sociólogos comparten caminos. Mientras que los médicos y los psicoanalistas lidian con el dolor de las personas, los sociólogos, trabajan, entre otros quehaceres, con las enfermedades de las comunidades. Ambos se encuentran cuando los males de las personas se convierten en patologías de las sociedades, o cuando las sociedades contagian sus fracturas a las personas. Es decir, todos los días.

Aunque utilizan instrumentos diferentes, ambas profesiones comparten su preocupación por el ser humano. Estetoscopio y estudios comunitarios persiguen el mismo fin: auscultar lo que dicen los latidos

del corazón y del alma, y significar lo que expresan los males de la sociedad. Quizá, por eso, en otra ocasión, el mismo Bourdieu dijo: “Soy un poco como un viejo médico que conoce todas las enfermedades del entendimiento sociológico”. A los autores de *Más allá del diván*, probablemente, les gustaría decir: “Somos un poco sociólogos: entendemos que el alma se lastima por las heridas internas y sufre por las fracturas externas”.

Huir del mundo es amoral. Es amoral y también es cobarde. El mundo, pródigo por momentos, enfermo con frecuencia, aguarda. Aguarda la mano del hombre y las palabras de la sociedad. En ocasiones, uno es parte del mundo y a veces, uno es el mundo. No huir, para quienes tienen el privilegio de la voz, es reto y obligación. Son muchas las vías para hacerlo. Una es el diván y otra es lo que está *Más allá del diván*.

Más allá del diván está todo. A pesar de que todos los autores del libro tienen que ver con la psicología clínica, los textos que conforman *Más allá del diván* se construyeron fuera del diván, primero para hurgar, y después, para edificar más allá. Diván no sólo es el “asiento alargado y mullido, por lo común sin respaldo y con almohadones sueltos, en el que una persona puede tenderse”; es también “colección de poesías de uno o varios autores, en alguna de las lenguas orientales, especialmente en árabe, persa o turco”, y es, finalmente, “entre los turcos, supremo consejo que determinaba los negocios de Estado y de justicia”.

El libro suma buena parte de las explicaciones que he copiado del *Diccionario de la lengua española*. Una mirada de su contenido, a vuelapluma, lo explica. El deseo de maternidad, las peripecias de los enfermos terminales, los retos de la identi-

dad sexual, el sufrimiento de las personas que son abusadas sexualmente, las vivencias de los niños con cáncer, los retos que implica el mundo de los trasplantes, los dolores de los padres con hijos que padecen hidrocefalia, la inmensa complejidad que reviste tratar a enfermos mentales en reclusión, así como las tensiones, encuentros y desencuentros que surgen al pensar en la propia muerte como antesala para entender la de otros, conforman, un mosaico exquisito y complejo. Los ensayos no hablan de la vida. Hablan del dolor y de las heridas de la vida. Por eso mueven. Por lo mismo preguntan.

Ese mosaico de experiencias terapéuticas se entrelaza. Los textos explican lo que se dice y se vive en ese espacio que queda después del diván. Desglosan algunos de los significados de la poesía del dolor y de la retórica de la vida. Desmenuzan los daños que emergen cuando las redes de la injusticia social magnifican los problemas de salud. Los nueve capítulos abren espacios y siembran inquietudes.

Más allá del diván retrata las vivencias de psicólogos clínicos y psicoanalistas que abandonaron su propio diván, para retratar el sufrimiento de otras personas que no tienen acceso al ámbito tradicional de la terapia psicoanalítica. Al salir de su entorno y dar voz al sufrimiento de ese conglomerado tan rico y complejo como es el que habla en el libro, los autores tienen la oportunidad de vivenciar otras caras del dolor y otros rostros de la enfermedad.

Esa experiencia la comparten la mayoría de los investigadores. Viven los problemas y los estudian utilizando herramientas distintas, y crean, al unísono, instrumentos para responder a las preguntas que los impelieron a dejar el mundo del diván. Se aden-



tran, entre otros temas, en los significados del abuso sexual, en el incomprensible y frío lenguaje médico que intenta explicar los problemas de la diferenciación sexual, en los crudos avatares carcelarios y en la espera que se transforma en dolor de los receptores de órganos o de enfermos terminales.

Si hubiese que encontrar una palabra común que dé sentido a los textos y al sentir de los autores, ésta sería empatía. Ese vivir, ese estar, ese tejido siempre en construcción, siempre en evolución, encuentra significado en la pregunta que lanza el niño recién amputado: “¿Dónde quedó mi pierna?”.

“¿Dónde quedó mi pierna?” podría ser el subtítulo del libro y pregunta obligada en cada uno de los capítulos. “¿Dónde quedó mi vida?” parecen cuestionarse algunos de los enfermos terminales. “¿Dónde quedó el niño que nació niño y ahora es niña?” se pregunta la madre de Fernando-Fernanda. “¿Dónde quedó la ilusión del embarazo y la libido que invertí?” inquiera la madre del bebé con hidrocefalia. “¿Dónde quedan los seres humanos que permiten que otros seres humanos nos violen?”, preguntan, con el dolor adosado a la piel las niñas abusadas sexualmente. “¿Dónde queda el viejo diván y dónde está el nuevo diván?” es el hilo conductor de muchas de las reflexiones de los articulistas.

Ese nuevo diván se encuentra en *Más allá del diván*, libro que viaja de las experiencias de los autores, muchas veces dolorosas, a la construcción de la empatía. Mucho se ha discutido acerca de si la empatía puede o no enseñarse. Algunos estudiosos consideran que la empatía se aprende en los años de formación, en la casa, en la escuela, con los amigos. Quienes sostienen esa idea afirman que es difícil enseñarla si no se cuenta con una predisposición innata para confraternizar, así como con el deseo de escuchar y de tocar. Desconozco la vida de los autores, pero al leerlos entiendo que sus vivencias, a partir del dolor y de las tristezas de

los enfermos y de sus allegados, fueron escuela inmejorable para adentrarse en los caminos de la empatía.

Sus meditaciones son muy estimulantes, son frescas, ya que los autores no pertenecen al ámbito hospitalario y son contestatarios. Denuncian, reiteradamente, la falta de apego y de interés de muchos doctores por el sufrimiento anímico de los enfermos o de sus familiares. Empatía parecen decir los autores, no es una palabra que repitan los galenos. Empatía, es un término que, aunque no lo escriban los investigadores, es presencia en la mayoría de los capítulos.

Los autores le quitan a enfermos y allegados los paréntesis. Sin paréntesis les facilitan decir lo que deben decir. Sin paréntesis les permiten vivir sus heridas y preguntar lo que deben preguntar. Los enfermos abren su vida. Al verse en quien habla, los entrevistadores fabrican otro tipo de cuerpos y caras que intentan comprender el significado de vivencias como sufrimiento, amputación, pérdida, miedo, dolor. La enfermedad modifica la realidad. Cambia el cuerpo y cambian los guiños. Esa nueva realidad requiere otro tipo de escucha, una escucha que genere conocimiento y siembre empatía.

Parecería que los investigadores hubiesen leído la *Poética* de Aristóteles. En ese ensayo, las emociones son llamadas catarsis. La catarsis permite leer y vivir lo que dicen los enfermos: “Me asusta quedarme dormido y ya no despertar de la anestesia”. “Me da miedo morir”. “Pudiera quedar loca o tonta después de la operación”. “¿Habrán esperanza para mí o qué me van a hacer?”. “...empiezan a meterme litros y litros de suero... es mi sangre desde hace sesenta y tres años, ahora me la están cambiando, yo era yo... ya no, mi sangre ya no va a ser mi sangre... ya no sé cuál va a ser mi identidad”. “... vi que entraban fantasmas por la ventana, les empecé a disparar, se atravesó mi esposa y la maté...”.

Esas ideas, esos miedos, esas rasgaduras, esa poética de la enfermedad deviene

conocimiento y empatía. Leer la vida por medio de la enfermedad permite hilar la existencia con otros tiempos, con otras realidades. Las expresiones anteriores son cicatrices profundas y son el corazón de lo que hay *Más allá del diván*.

Hacia el final del libro, en el último párrafo, leo, en cursivas, las palabras *estar ahí*. Eso fue lo que hicieron los autores y eso es lo que hace que el diván no esté más allá, sino más acá, cerca, muy cerca, en uno, en quien investiga, en quien sufre, en quien lee, en quien denuncia. En quien busca construir, por medio del conocimiento, y de la ética, uno de los mayores retos de las profesiones ligadas con la salud, la empatía. *Sotto voce*, en el libro, “Yo y tú” se transforma, con frecuencia, en “Yo soy tú” y en otras ocasiones, en “Yo podría ser tú”.

Las cursivas de las palabras *estar ahí* son inadecuadas. Más bien, deben subrayarse: los autores están ahí, son parte de las experiencias de los enfermos y son el motor de sus investigaciones. Arropados por ese estar ahí, los autores tienen autoridad y pueden responderle a los enfermos y familiares que preguntan “¿Dónde quedó mi pierna?”.

Después de leer *Más allá del diván* es, parafraseando a Pierre Bourdieu, imposible huir del mundo. En el libro está el mundo. Pequeño en ocasiones, doloroso con frecuencia, hedónico algunas veces, impenetrable a menudo. En el mundo del libro las voces de los protagonistas encuentran vida en las palabras de los autores. Entre el libro y el mundo queda atrapado el lector.

El lector es sólo un fragmento pequeño que vive en el presente. Aunque pronto será pasado, no debe, no puede huir. El lector, innominado, endeble, casi sin peso, casi sin tiempo y casi sin historia, siempre es parte del mundo que se construye y que se vive *Más allá del diván*. [1]

Bertha Blum-Gordillo y Emily Ito Sugiyama, coordinadoras, *Más allá del diván*, Plaza y Valdés Editores, México, 2008, 260 pp.

Más allá del diván es un libro que viaja de las experiencias de los autores, muchas veces dolorosas, a la construcción de la empatía.